

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscription information: En la Península: Un mes, 1'50 pts... En el Extranjero: Tres meses, 10 id.

Conditions: El pago se hará siempre adelantado y en metálico... Correspondencia en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont...

Lecturas populares.

Caldo sin carne

Yo no sé si tengo lectoras, mas para el caso de que las tenga, á ellas principalmente dirijo estas letras...

Una taza de caldo ha sido siempre (desde que el caldo se conoce, por su puesto) tenida en gran estimación...

Sin embargo, en determinadas ocasiones el caldo puede conseguir excelentes efectos, y aun serían mejores si en lugar del caldo único, universal...

Buen ejemplo de ello nos lo dan los caldos de cereales, excelentes para llevar fósforos abundantes al organismo...

A este efecto, Springer nos dá resuelto el problema con su sencilla y eficaz fórmula de caldo de cereales, que se obtiene del siguiente modo...

Hay otro caldo, de legumbres, debido á Mery cuya fórmula es así: Zanahorias 400 gramos, Patatas 300 >

Se hace hervir durante 4 horas y se añaden 35 gramos de sal de cocina. Las aplicaciones de este caldo son variadísimas...

El caldo de acedera ofrece también variadas é interesantes aplicaciones en determinados casos, y se obtiene del siguiente modo:

Hojas frescas de acedera 40 gramos, Lechuga 20 >, Perifollo 10 >

Hágase hervir durante una hora á fuego lento. La manteca se añade al final de la cocción. Puede añadirse jugo de carne, calculándolo después al baño-María.

Conque ya ven mis lectoras como pueden obtener caldos substanciosos y agradables sin recurrir á la consabida gallina y á la no menos consabida carne, terror de los bolsillos.

Es decir, que así como para hacer un cañón es indispensable según el sargento instructor de maras, disponer de un agujero redondo y largo el cual se forra de bronce...

Probado y os convenceréis, como diría cualquier vendedor ambulante de especíacos.

LIEBIG.

REVISTA MILITAR

El Gobernador militar de esta plaza Sr. Ordóñez, revistó ayer tarde á los segundos batallones de los regimientos de España y Sevilla que vienen practicando á diario instrucción militar en el campo de maniobras de Santa Lucía.

Dichas tropas se habían organizado en pie de guerra. Las mencionadas fuerzas realizaron ante los generales señores Ordóñez y Balestros distintas maniobras con admirable precisión y con sujeción á la nueva táctica que dominan por completo.

Presenciaron las operaciones todos los jefes y oficiales francos de servicio y numeroso público.

Al terminar las maniobras los referidos batallones regresaron á la población por las puertas de San José, recorriendo las calles de San Diego, Duque, San Francisco, Honda y Mayor, dirigiéndose por la Muralla del Mar á sus respectivos cuarteles.

La marcialidad de nuestros soldados era objeto de admiración por cuantos presenciaron el desfile y de todos los labios salieron frases entusiastas para nuestro ejército.

Los jefes y oficiales de los Regimientos de España y Sevilla, pueden estar satisfechos y orgullosos del espíritu bizarro de las tropas que mandan.

CUENTO DEL SÁBADO Amor de reina y amor de esclava

¡Que muera!—dijo la noble primogénita del Faraón.—Que muera porque ha despreciado mi amor, el amor de Ranphis, una princesa del Egipto.

Y uniendo sus blancas manos, cayó suplicante á los pies de su padre. El monarca adoraba á su hija.

Meditaba sentado en su suntuoso trono, herencia de sus antepasados, objeto constante de desenfrenadas ambiciones, odios y rencores, cuando con ánimo resuelto y con aquella voz potente é imperiosa que excitaba á la lucha en el fragor de la batalla, fulminó la terrible frase ¡que muera...!

Quien contemplase la tristeza de Xerjes tal vez creyera que el temor nublabas su espíritu. Pero no, el más noble y valeroso doncel del pueblo griego desocho el temor y ante su incertidumbre se sentía con ánimo bastante para resistir el tormento de luchar con el destino.

La princesa amaba con delirio al joven ateniense; días de tristeza, noches de lasomnio, momentos de desesperación le había costado aquel casito, por el que tan solo recibía siempre humillaciones y desprecios. La egipcia era alta, orgullosa, despota; en su mente no había la idea de resignación ó sacrificio; el hombre que la ofendiese debía morir.

- Veremos si conserva su firmeza—dijo penetrando en sus habitaciones.—Escribiré la historia, quiero ser mi esclavo, en otro caso...—Y por sus ojos, más bellos que los de las hurdes del Paraíso del Profeta, cruzó un relámpago de ira. Un momento después llamaba á su esclava favorita.

Freneya había nacido en la Nubia, y á pesar de los sufrimientos que en su alma imprimiese la esclavitud, las pronunciadas líneas de su rostro, de subido color, sus cabellos negros y sus ojos de fuego, formaban un conjunto tan atractivo, que bien podía decirse que no eran más peligrosos los rayos del ardoroso sol de su país, que la mirada insinuante de la virgen africana.

El griego tomó un aire de tranquilidad é indiferencia. —Ya vienen por mí—pensó y no es bueno hacerles pensar que un hijo de Atenas teme el suplicio.

—Freneya!...—murmuró. La esclava dejó las luces en un rincón del calabozo y le entregó el papiro de la princesa.

Cuando Xerjes lo hubo leído, rasgó en varios pedazos.

—Di á tu señora—dijo—que ahora como siempre, la desprecio; que ni los más crueles suplicios, ni la muerte, podrán arrancar de mi corazón el cariño de Haldée.

Los ojos de la africana centellearon. —Escucha—dijo.—Es verdad que nunca podrás amar más que á esa griega...

—¡Te lo juro!... —¿Aunque muera? ¿Aunque te sea infiel? —Muerta, adoraría su memoria; infiel, la mataría para morir después.

—Contéstame con firmeza. —¿Y es digna de mí? ¿Es bella?... —¡Oh! Afrodita misma enviaría los encantos de su escultural rostro.

Suspiró la esclava y corriendo á la puerta escuchó. Los pasos del centinela en el otro extremo del corredor se oían á intervalos en el silencio de la noche.

Con una fuerza solo comprensible en los de su raza, Freneya comenzó á quitar de los pies del prisionero las pesadas cadenas.

—Si es verdad cuanto dices, cúmplese la voluntad de los dioses,—murmuraba tristemente. Después, quitóse el manto, le estaba, los adornos de su cabeza y lo puso todo al admirado griego.

—Pero Freneya ¿qué significa esto?—atrevióse á preguntar. —Significa—dijo—la nubia con amargura—que la pobre esclava robada de su país, condenada á una vida de humillaciones y de torturas amara con delirio al noble Xerjes.

¡Si, te amo, te amo tanto como esa Haldée de tus ensueños, tanto como la misma Ranphis que quiere matarte. Pero no te admires no retrocedas, no temas, pues si el Vulcano dió á la hija del África todo el fuego de aquel sol que entrojece las arenas de sus desiertos, también Neptuno dió á sus ojos las abundantes lágrimas.

Sé que indudablemente al no tomar yo parte en los Juegos florales, francamente, ha de quedar muy resentido el arte, pues mi composición es evidente que, por ser la mejor versificada, sería la premiada con la Flor natural... y de seguro que esto me hubiera puesto en grave apuro!

Porque es lo que yo digo al tratar este punto (y tal vez que conmigo varios piensen igual sobre el asunto):

Al tener que nombrar, por mi fortuna, quien presida la fiesta ¿cómo habría de elegir para Reina solo á una entre tantas muchachas? ¡No podría!

Y yo que he sido siempre un caballero, en acto semejante no quería pasar por un grosero pudiendo ser galante...

Y me la guarden bien, que voy por ella, pues mi composición será más bella que todas las que se hayan presentado.

Y conste que el que ahora se lo lleve á este cura tan solo se lo debe!!

Pablo Cazorla.

1899.

Carta abierta

Mis queridos señores del Jurado: me encuentro, á pesar mío, precisado esta carta á escribirles con el objeto solo de decirles que, aunque muy de mi gusto hubiera sido concurrir al Certamen literario, y había concluido trabajos de un valor extraordinario, tras hondas reflexiones y después de pensarlo bien, he visto que, por varias razones, no debo ir al Certamen... y desisto.

NUESTRAS BODAS

Juntos latieron nuestros corazones; nuestros amores fueron un misterio, y fueron grandes, si, fueron muy grandes, tan grandes como es grande el mar inmenso; pero amargos lo mismo que sus olas, y como ellas también, críates, perversos.

Tú fuiste siempre fiel, inmarcesible del mágico jardín de mis ensueños; más vibora fatal libó en tu cáliz emponzoñando tu divino pecho y haciéndote olvidar tiernas promesas las dulcísimas mieles de tus besos, aun queriéndome tú, fueron de otro, fueron de otro, lo sé ¡y aún no lo creo!

La tierra, madre cariñosa y buena, conserva para siempre, allá en su seno,